

## EL AMPARO: ENTRE REGATEOS Y MEDIAS VERDADES

Desde el comienzo, la masacre de El Amparo ha estado signada por informaciones falsas y promesas incumplidas; el ya no tan nuevo gobierno, al no tener ningún compromiso con los hechos, habría podido mostrar una actitud diferente, pero optó por consagrar estas perversas tendencias.

Cuando el caso llegó a la Corte Interamericana de Derechos Humanos en enero de 1993 se esperaba una solución pronta y favorable a los intereses de los familiares de las víctimas y de los sobrevivientes. No ha sido así. La Comisión Interamericana, en nombre de familiares y sobrevivientes, demandó de Venezuela cuestiones bien concretas: reforma del Código de Justicia Militar, castigo a los responsables materiales, intelectuales y encubridores e indemnización a los familiares y sobrevivientes.

Tras varios meses de intentos de negociación con las nuevas autoridades nacionales, las partes (Comisión/familiares/sobrevivientes vs. Estado venezolano) no llegaron a un acuerdo. El Estado pidió una prórroga para seguir negociando, pero entre tanto no dio señales claras de aceptación de los tres elementos de la demanda, pretendiendo reducir el asunto al tema de las indemnizaciones, como si todo se resumiera en «pagar esos muertos». Los familiares y sobrevivientes rechazaron esta opción de manera contundente: no quieren plata, sino justicia. Se tranca el juego.

La Corte se reúne en septiembre y decide no aceptar la solicitud de prórroga del Estado Venezolano. Como las partes no lograron ponerse de acuerdo, la Corte acuerda, también, que será ella quien decida si con unos dólares se compensa todo el daño, o si, además, hay que reparar de otra manera (reforma de leyes militares y castigo a los culpables).

Walter Márquez, quien representa a algunas de las víctimas, pero también forma parte de uno de los

partidos que integra la coalición de gobierno, declara a los medios que ya hay una indemnización acordada por varios millones de dólares. Falso, pues solo la Corte puede fijar el monto de las indemnizaciones, así como la naturaleza de otras posibles reparaciones. Un columnista político sugiere que de los dólares de la indemnización, buena parte irá a los bolsillos de los abogados y grupos de derechos humanos. Falso, pues éstos renunciaron al reclamo de costas. En fin, siguen las mentiras, las prácticas demagógicas, las promesas incumplidas, el tráfico con la necesidad y la miseria, el desprestigio de quienes luchan por la verdad.

Lo cierto es que ahora El Amparo entra en una nueva etapa (¿será la última?), en la que la Corte Interamericana debe decidir, porque las partes no se pusieron de acuerdo. El 3 de noviembre la Comisión deberá enviar su «pliego de peticiones» y el Estado venezolano tiene hasta el 2 de enero para responder si lo acepta o no. Después la Corte se reúne, examina los argumentos de ambas partes y toma la decisión definitiva.

En síntesis, el primer juicio internacional contra la impunidad en Venezuela sigue en pie. El mensaje de los familiares y sobrevivientes es claro: si hay que escoger entre plata y justicia, entonces justicia. A este mensaje nos sumamos y a él apostamos. El Amparo cumple este mes siete años esperando justicia y verdad. Ya no valen regateos, ni promesas, ni verdades a medias; es hora de obtener en un tribunal internacional lo que la justicia nacional nunca se atreverá a afirmar, es decir, que lo que sucedió en el Caño La Colorada fue una masacre contra 14 venezolanos y que lo que sucedió en los años siguientes fue un atentado a las aspiraciones de verdad y justicia del pueblo venezolano. Y eso no se paga con un puñado de dólares.

”

## RENTISMO CULTURAL

Creíamos, ingenuamente, que el país rentista estaba disminuyendo o que ya estaba a punto de desaparecer. Los discursos oficiales, desde el Presidente de la República y su tren ejecutivo, así nos lo habían hecho saber. Es cierto que la renta petrolera no da ya para más. También es evidente que estamos en presencia de «otro país». Se abren compuertas, bien dolorosas por cierto, pero el camino que nos señalan puede ser promisorio si lo empezamos a andar con creatividad, con honestidad, justicia y sobre todo con seriedad y responsabilidad.

Estamos en presencia de un contexto distinto que debe dar como resultado un ambiente cultural distinto. El IX Plan de la Nación, que lleva acertadamente el título «Un Proyecto de País», nos dice en el apartado «Promoción de la cultura y los valores» que la acción cultural «se orientará a promover y apoyar la construcción del nuevo proyecto de sociedad». Es decir, que deben delinearse desde el Estado (¿es que acaso existe?) acciones conducentes a ese fin. La pregunta que nos hacemos es si realmente se están promoviendo racionalmente esas políticas. ¡Creemos que no! Una cosa dicen los proyectos y las retóricas y otras las acciones concretas del día a día, de lo cotidiano.

Desde hace 20 años se le ha asignado al CONAC la función específica de dirigir las líneas de estrategia política en acción y fomento cultural. Los datos culturales indican que ha habido, aun dentro de las dificultades económicas, «una progresión tendencial cercana al 1.5 por ciento del total del presupuesto nacional». Un evidente crecimiento financiero. Y la pregunta, una más, que tenemos que hacernos: «¿dónde están los reales?».

El despido cultural que se ha presenciado, desde la desaparición del INCIBA al CONAC actual en un país ahora sin dinero, no tiene nombre. Pero aún así el derro-

che inexplicable se sigue operando. ¿A quién beneficia? No tienen justificación las políticas culturales (si es que pueden llamarse así) de los macro-festivales; de la edición de libros millonarios que van a parar a muy pocas manos (¿«democratización cultural»?); de comitivas numerosas a la vieja Europa para presentar no más de un rollo cinematográfico y firmar convenios que pocos conocen; la publicación de revistas costosísimas como **Imagen** o la de la Dirección de Fotografía, y luego festejarlas cada vez que salen, y venderlas a precios que dan risa; la presencia numerosa e irracional de empleados-técnicos-expertos-asesores improductivos tanto en el propio CO-NAC como en los entes directamente relacionados con él (léase Museos, Monte Avila, CELARG...). Y la más reciente perla (que seguramente no será la última) que tiene que ver con la presencia de Venezuela en la Feria Internacional del Libro en Guadalajara: se habla de una comitiva de unas 60 personas entre intelectuales (se dice que 15) y cuerpo de baile del Teresa Carreño, incluido además los amigos y los periodistas, por supuesto que miembros de la Directiva del ente regulador de la cultura. Se nos dirá que todo gasto en cultura es justificado: ¡es posible! Pero no de esa forma. Se sigue beneficiando a los de siempre, a los que menos necesidades culturales tienen. Y que viva la fiesta. Un estudioso latinoamericano de estas cuestiones decía recientemente que «deberá surgir otro modo cultural de hacer política, y otro tipo de políticas culturales». Seguimos esperando, porque los de ahora en la ¿dirección? cultural del país son más del pasado y de lo mismo.

”

## 50 AÑOS DEL COLEGIO GONZAGA

No fue una celebración de nostalgias del patio colegial ni de recuerdos del Maracaibo sin semáforos; tampoco fue un recuento de exalumnos en la gestión de PDVSA

o en la Cámara de Diputados, o en la guías profesionales del Zulia. Fue una gozosa —maracuchamente gozosa— celebración de lo que es en el presente el Colegio Gonzaga, asumiendo responsablemente y por igual su pasado y los retos del futuro.

El Gonzaga abrió su puertas apenas dos semanas antes de la «Revolución de Octubre» del 45. Tanto el desarrollo ganadero como la administración petrolera o la creciente burocracia estatal estaban sembrando la modernidad cultural, social y política. El Gonzaga representó un pacto social exitoso y eficiente, no sólo entre los jesuitas y la dirigencia social de Maracaibo, sino sobre todo entre la Iglesia y la nueva clase media emergente; un instrumento privilegiado: —junto con el Chiquinquirá, el San Vicente, el Pilar, el Zaragoza, la Presentación, el Fátima...— de la modernidad anhelada tanto por la sociedad civil como por la Iglesia.

Es mérito del Gonzaga no haberse conformado con el éxito y bañarse cada atardecer con el fresco champú del reconocimiento. Dejó la brisa del lago y el amplio *campus* de El Milagro, para sembrar nuevos sudores sobre el polvo y la arcilla de San José. Más allá de la aventura espiritual de unos jesuitas que, en medio de desconciertos e incomprensiones, optaron de una manera muy concreta por los pobres, y más allá de su gozo y satisfacción por el cuerpo de profesores y empleados que los acompañan y por las respuesta del alumnado del barrio, el Gonzaga actual está queriendo responder al reto, muy jesuítico, de ser cualitativamente significativo: que en nuestra subcultura barrial y juvenil —quién sabe si «posmo» o «premo»— es posible una educación de calidad y con valores para construir una sociedad mejor; que en una Venezuela de docentes mal pagados y desmotivados sí es posible un cuerpo de docentes con mística; que para que un colegio sea muy bueno no es necesario contar con una veintena de curas con sus entregas celibatarias.

Este es el reto de la cotidianidad

del Gonzaga que pudimos reconocer en la celebración de sus cincuenta años. Pero también escuchamos un reto para los más de 3.000 egresados. La tentación de todo «ex» es la comparación: aquellos tiempos sí...; pero en educación el pasado sólo se puede medir en el presente. ¿Están haciendo los egresados todo lo que podrían o deberían hacer? Se habló de 200 médicos. Y de otros profesionales. Y de una Fundación Gonzaga, para que la celebración no sea mirar hacia atrás...

”

## UN BUQUE PARA LA ESPERANZA

El día 6 de Octubre con la presencia del Presidente de la República se bautizó en Punta de Piedras (Isla de Margarita) el buque oceanográfico Hno. Ginés y se inauguró el museo Hno. Benigno Román. Ambos actos estuvieron plétóricos de sentido. Nos referiremos al primero.

El Hno. Ginés tuvo la iniciativa de hacer nacer en 1940, la sociedad de ciencias naturales, motor fundamental de la Fundación La Salle. Entre los *campus* de la Fundación descuella el de Punta de Piedras, donde después de múltiples desarrollos funcionan IUTEMAR (Instituto Universitario de Tecnología del Mar) y EDIMAR (Estación de Investigaciones Marinas).

El norte de estas instituciones de acuerdo a la filosofía lasallista es el desarrollo en una visión humanista y cristiana de las riquezas de la naturaleza al servicio de la patria y de la gente más necesitada. Por ello la formación de recursos humanos y la investigación pesquera y oceanográfica se presentaba como vital.

Estos fines no podrían lograrse sin surcar los mares y sin estar dotados de un instrumental científico-técnico. Por eso tan pronto como en los años '60 el yate BIOMAR fue la primera embarcación que en el país se dedicó exclusivamente a

estudios oceanográficos y pesqueros. En 1966 el Buque oceanográfico La Salle profundizó la formación pesquera de los jóvenes y desarrolló la investigación marítima. Durante casi treinta años este buque realizó más de 158 campañas oceanográficas. Fue la base para la publicación de más de 200 artículos científicos, más de 20 monografías, unos 200 informes técnicos y la recolección de millares de ejemplares de la fauna y flora marina.

Con él se levantó la primera carta pesquera de Venezuela, el estudio de la Plataforma Continental, el estudio de la fosa de Cariaco, el flujo de carbono y el efecto invernalero etc. Se ha efectuado más de 700 mareas de pesca exploratoria en la que han participado más de 3.000 egresados de los Institutos Náuticos pesqueros de Punta de Piedras.

Lógicamente después de 30 años de tan incansable actividad se requería un nuevo apoyo y gracias a ayudas internacionales llegó el 1º de Agosto este nuevo buque oceanográfico dotado de muy actualizados instrumentos tecnológicos para el cumplimiento de sus funciones, sin descuidar las ambientales ahora que se acerca la apertura petrolera.

Los hombres y mujeres de la Fundación La Salle, encabezados por el Hno. Ginés, hacen titánicos esfuerzos para el desarrollo del país y de las futuras generaciones, especialmente las menos favorecidas. Su tesón ha logrado conseguir subsidios internacionales, pero como sutilmente señalaba el Hno. Ginés el día del bautizo del barco, les ha faltado ayuda nacional sustantiva.

Las tareas de este buque así como de otras unidades de la Fundación La Salle nos llenan de esperanza, son signo de que en Venezuela hay mucha labor y valores ocultos, que no se publicitan pero que son potencialidades importantes para nuestro desarrollo y que bien vale la pena que se apoyen.

”